

# ‘EL ÁRBOL DE LA CIENCIA’

FRANCISCO FUSTER GARCÍA

A José-Carlos Mainer

Llega una etapa en la vida en la que, hechos todos los viajes, conocidas todas las experiencias, no hay mayor disfrute que el estudiar y ahondar en lo que ya se sabe, el saborear lo que se siente, el ver y el volver a ver a los que se ama: puras delicias del corazón y del gusto en la madurez. Es entonces cuando esa palabra, *clásico*, adquiere su verdadero sentido, que se concreta para el hombre de gusto en una elección de predilección e irresistible. El gusto ya está hecho, está formado y es definitivo; el criterio sopesado, si hemos de tenerlo, ya llegó. Ya no tenemos tiempo para probar, ni ganas de salir a descubrir. Nos conformamos con los amigos, aquellos que el largo trato hizo perdurar; viejos vinos, viejos libros, viejos amigos.

Charles-Augustin Sainte-Beuve,  
*¿Qué es un clásico?*

## Una obra de madurez, una lectura de juventud

Existe cierto consenso entre los lectores de Pío Baroja a la hora de considerar que *El árbol de la ciencia*, la novela autobiográfica que el escritor de San Sebastián publicó en 1911, es la mejor de las obras escritas por el novelista vasco durante su dilatada y fecunda trayectoria. En este sentido, el propio Baroja fue el primero en admitir en varias ocasiones que se trataba posiblemente de la mejor de sus creaciones. Lo hizo cuando el editor Rafael Calleja (hijo y sucesor de Saturnino Calleja al frente de la editorial que hizo famoso el apellido de la

familia) le pidió que seleccionara algunos fragmentos de sus obras para editarlos en la breve colección que su editorial publicó con el título de *Páginas escogidas*, en unos pequeños volúmenes que incluían una selección de textos y unas escuetas notas explicativas del autor sobre las obras representadas en la antología. Junto al fragmento de la novela elegido por Baroja para esta compilación, figura una pequeña glosa en la que se puede leer lo siguiente: “*El árbol de la ciencia* es entre las novelas de carácter filosófico la mejor que yo he escrito. Probablemente es el libro más acabado y completo de todos los míos”<sup>1</sup>. Muchos años más tarde, cuando escribe sus memorias, Baroja vuelve a repasar el origen y las reacciones que suscitaban algunas de sus novelas y vuelve a pronunciarse sobre la obra, reafirmando en esa valoración hecha en 1918 y ampliando incluso su argumentación, al reconocer que se trata de un libro escrito durante su madurez creativa y coincidiendo con su época de mayor esplendor intelectual: “*El árbol de la ciencia* es, entre las novelas de carácter filosófico, la mejor que yo he escrito. Pro-

bablemente es el libro más acabado y completo de todos los míos, en el tiempo en que yo estaba en el máximo de energía intelectual”<sup>2</sup>.

Con esta alusión al momento de apogeo creativo alcanzado hace ahora cien años se refiere Baroja al hecho de que en las cinco décadas que comprende su carrera literaria existen dos grandes períodos más o menos diferenciados en función de la calidad y el tono de sus obras:

Pensando en mis libros, he llegado a la conclusión, sin comprobarlo, que debe haber entre ellos, en lo malo o en lo bueno, dos épocas; una, de 1900 a la guerra mundial; otra, desde la guerra del 14 hasta ahora.

La primera, de violencia, de arrogancia y de nostalgia; la segunda, de historicismo, de crítica, de ironía y de cierto mariposeo sobre las ideas y sobre las cosas. No sé si esto parecerá una fantasía, un poco de egotismo.

Yo, al menos, noto estas dos épocas distintas<sup>3</sup>.

Atendiendo a estas palabras, son varios los estudiosos que han admitido la existencia de esta especie de jalón o hito que separaría el total de la producción barojiana en dos etapas bien

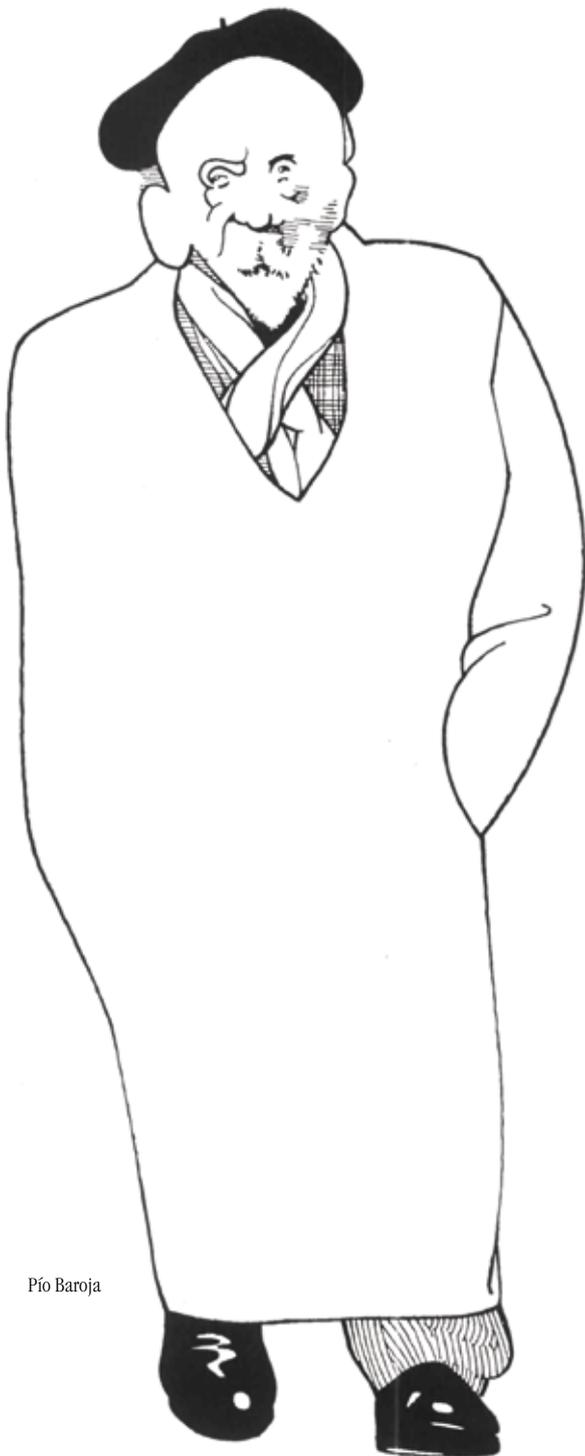
diferenciadas; dos etapas que, como leemos en las palabras del novelista, no tienen tanto que ver con aspectos temáticos o estilísticos, como sí con la evolución personal del mismo Baroja, desde una fase de juventud que culmina con la plena madurez alcanzada por el autor ya con los cuarenta años cumplidos (en 1914 Baroja cumple los 42), hasta otra que se abre cuando el novelista ya ha publicado la mayoría de sus obras más conocidas, y que irá avanzando progresivamente hacia un agotamiento en lo creativo cada vez más acusado. Desde este punto de vista, parece existir un acuerdo total en reconocer la superior calidad de esta primera etapa y, sobre todo, la madurez alcanzada por Baroja coincidiendo con sus cuarenta años y con la plenitud que representa el lapso que va de 1910 a 1914 aproximadamente y, como fecha simbólica, el año 1911, cuando ven la luz *El árbol de la ciencia* y *Las inquietudes de Shanti Andía*, otra de las grandes obras del escritor.

Pero al margen del lugar que ocupa la novela como obra de madurez dentro de la producción barojiana, la historia de Andrés Hurtado se ha convertido en un clásico porque ha sabido sobrevivir a los gustos y las modas, alcanzando esa

<sup>1</sup> Baroja, P., *Páginas escogidas*, Madrid, Editorial Calleja, 1918, p. 338.

<sup>2</sup> Baroja, P., *Desde la última vuelta del camino*, en “Obras completas”, Vol. I, dirigidas por José-Carlos Mainer, Barcelona, Círculo de Lectores–Galaxia Gutenberg, 1997, p. 933.

<sup>3</sup> Baroja, P., *Desde la última...*, OC, Vol. II, pp. 67-68.



Pío Baroja

intemporalidad que dota a los clásicos de una perenne actualidad. Desde esta perspectiva, el caso de *El árbol de la ciencia* no deja ser cu-

rioso, pues se trata de una novela centrada en un contexto histórico —la España de fin de siglo— muy concreto, marcado por la coyuntu-

ra del 98, con la Guerra de Cuba y el posterior debate sobre el atraso español y la crisis de identidad nacional, pero se trata también de una historia lo suficientemente universal y atemporal como para traspasar límites geográficos (no olvidemos que se trata de una de las novelas de Baroja más traducidas a otros idiomas, ya desde el momento de su aparición) y para trascender épocas históricas, siendo leída por los jóvenes españoles coetáneos al escritor y por todas las generaciones posteriores que le han sucedido hasta nuestros días. Estamos ante una novela que, como expresó magistralmente Ortega y Gasset, en el momento en que fue publicada generó un importante interés no solamente por su autor, en aquel momento ya un nombre consagrado en el complicado panorama editorial de la España del cambio de siglo, sino también por su temática, por su contenido. Como dijo Ortega al comentar la obra pocos meses después de su aparición, *El árbol de la ciencia* estaba llamada a ser la novela por antonomasia para comprender la España finisecular porque es precisamente en este libro donde Baroja se atrevió a tratar el “tema magno” de ese período de la historia de España que a ambos les tocó vivir y que el filósofo define escuetamente como

el problema que representa para un individuo sensible su adaptación a la confusa “atmósfera cultural” del fin de siglo español. Así lo explicaba el pensador madrileño en un famoso ensayo:

Parece el novelista haberse propuesto en *El árbol de la ciencia* el tema magno sobre que ha de escribirse la novela mejor que en nuestros días y en nuestro país se escriba. Yo no sé si habrá alguien capaz de componerla: sospecho que no. Baroja seguramente no, según vamos a ver. Pero el tema está ahí: es el tema de *El árbol de la ciencia*.

El tema es el siguiente: dada la atmósfera cultural de España hacia 1890, averiguar lo que ocurrirá a un temperamento delicado, sensible y con exigencias ideológicas sometido a ella<sup>4</sup>.

Sin embargo esta relación estrecha entre la novela y el momento histórico que recrea, lo cierto es que la relectura de la historia de Andrés Hurtado y sus vivencias en el Madrid de fin de siglo como estudiante de medicina nos convencen de que, como escribió Sergio Beser, nos hallamos ante una obra que todavía hoy conserva —para el historiador y para el lector interesado en aquella época— un gran valor porque “posee una inusitada vigencia como documento

<sup>4</sup> Ortega y Gasset, J., *Pío Baroja: anatomía de una alma dispersa* [1912], en “Obras Completas”, Vol. VII, Madrid, Taurus-Fundación Ortega y Gasset, 2007, p. 289.

vivo, realizado desde ella, de la crisis intelectual que vive de la cultura y sus hombres en la España del salto del siglo XIX al XX, a la vez que presenta un cuadro crítico y negativo, de indudable valor histórico, de la sociedad española de la época<sup>5</sup>.

Desde el punto de vista de la lectura, la característica más llamativa de esta novela que el año pasado cumplió sus primeros cien años de vida es que se trata de un clásico de la literatura española del siglo XX leído fundamentalmente por la juventud: primero por aquellos jóvenes de la generación de Baroja que se vieron reflejados en la figura del protagonista, y después por todas esas generaciones de españoles que la conocieron como lectura obligatoria en los institutos y que, a pesar del rechazo inicial que les pudo generar la triste existencia Andrés Hurtado, han sentido cierta simpatía por ese desorientado adolescente que afronta el trance del paso a la vida adulta con la inocencia propia de quien se dispone a descubrir todo un mundo nuevo. Aunque muchos lectores la hayan releído después, a una edad más madura, pensando en revivir ese impacto inicial de la primera lectura, la verdad es que la novela de Baroja se ha consolidado en el imaginario colectivo de nuestras letras como una lectura de juventud, como un clásico especialmente recomendado para los adolescentes. De hecho, y pese a tratarse de uno de los libros más exportados de un au-

tor tan poco propenso a la internacionalización como Baroja, Pío Caro Baroja ha escrito que se trata de una obra muy apegada al espacio y el tiempo que la vio nacer, en el sentido de que *El árbol de la ciencia* “es la novela de la juventud de España en una época determinada y como tal es difícil de entender fuera de nuestras fronteras”. En nuestro país, insiste el sobrino del novelista, su heterodoxia “puede producir grandes repulsas en gentes de mentalidad ortodoxa (sea la que sea su ortodoxia) pero puede preverse que muchos jóvenes seguirán, durante generaciones, teniendo una posición ante la vida que recuerda a la que tuvo el héroe barojiano”<sup>6</sup>. Y, efectivamente, así ha sido. El tiempo ha dado la razón a quienes apostaron en su día por la perpetuación de esta novela y por su éxito entre los lectores adolescentes; en esta línea, coincido con José-Carlos Mainer en que siendo como es un libro escrito en plena madurez, cuando Baroja tenía casi cuarenta años, se trata en cierto modo de una novela de juventud que “deben y deberían leerla los jóvenes”, pues “no se sale indemne de ella, ni se ha marchitado una sola de sus páginas”<sup>7</sup>. Como escribió el año pasado Domingo Ródenas, uno de los pocos críticos que dedicó unas palabras a un centenario discreto que —con la excepción de algunas iniciativas individuales<sup>8</sup>— ha

<sup>6</sup> Caro Baroja, P. (ed.), *Guía de Pío Baroja: el mundo barojiano*, Madrid, Cátedra-Caro Raggio, 1987, p. 93.

<sup>7</sup> Mainer, J.-C., “El árbol de la ciencia”, *Quimera: revista de literatura*, nº 214-215, abril de 2002, p. 48.

pasado más bien desapercibido, la consolidación de *El árbol de la ciencia* como una de las novelas que más han marcado a los adolescentes españoles de las generaciones posteriores al 1975 tiene mucho que ver con el hecho probado de que “a los 18 años se conecta bien con el inconformismo crítico del protagonista, Andrés Hurtado, con la montaña rusa de vitalismo, desánimo, asco ante el mundo mal hecho, sumisión a los impulsos y miedo a la corrupción de los sueños”<sup>9</sup>. Por todas estas razones, y por otras muchas que podríamos añadir, no parece descabellado afirmar que un siglo después de su publicación por primera vez en 1911, esta novela de Baroja se ha convertido en un clásico de lectura obligada para muchas generaciones de españoles que a lo largo de estos últimos cien años han sucumbido a la fluidez de la prosa barojiana. Otra

<sup>8</sup> Entre los días 2 y 4 de noviembre del año pasado se celebró en la sede de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Valencia el Seminario “Historia y literatura: actualidades de Pío Baroja (a propósito del centenario de *El árbol de la ciencia*, 1911”, organizado por el profesor Justo Serna y por quien escribe. Allí pudimos discutir sobre la vigencia y actualidad de Baroja con algunos de los mejores especialistas en su obra. Por otra parte, y en el mismo marco de la conmemoración del centenario de la publicación de *El árbol de la ciencia* y de *Las inquietudes de Shanti Andía* en 1911, la revista *Pasajes de pensamiento contemporáneo* que publica la Universidad de Valencia ha incluido en su número 37 (invierno de 2012) un dossier monográfico dedicado a la obra y la persona de Pío Baroja que he coordinado juntamente con el profesor Justo Serna y en el que también han participado algunos de los mejores conocedores de la literatura barojiana.

<sup>9</sup> Ródenas, D., “Un árbol centenario”, *El Periódico de Catalunya*, 1-IV-2011.

cosa distinta y más discutible es valorar hasta qué punto esta conversión de la obra en un clásico de la literatura española ha contribuido o no a la construcción de la figura literaria de Baroja como la de un escritor con una doble naturaleza: querido y venerado como un autor casi de culto para muchos de sus lectores (los irreductibles “barojianos”), pero igualmente minusvalorado por parte de aquellos críticos más ortodoxos que prefieren exagerar sus defectos (de forma y de estilo literario, principalmente) para negarle ese lugar entre los grandes de la literatura española que por méritos propios merece.

#### (Des)ventajas de ser un clásico

En abril de 2002 la revista *Quimera* publicó una encuesta sobre la novela española del siglo XX<sup>10</sup> en la que más de cuarenta encuestados respondieron —con una lista de diez títulos— a una pregunta sobre cuáles consideraban que habían sido las mejores novelas españolas de la pasada centuria. Del recuento total se obtuvo un resultado en el que *El árbol de la ciencia* quedaba en un más que digno octavo lugar (compartido con una novela de Gabriel Miró) con un total de trece votos<sup>11</sup>. Entre quienes la situaron

<sup>10</sup> Martín, R. y Valls, F. (coords.), “La novela española en el siglo XX”, *Quimera: revista de literatura*, nº 214-215, abril de 2002, pp. 10-28.

<sup>11</sup> Hay que decir que la novela más votada fue *Tiempo de silencio* (1962) de Luis Martín-Santos, cuya deuda con la obra con Baroja y con la novela que aquí me ocupa es más que evidente.

<sup>5</sup> Beset, S., *El árbol de la ciencia*. Pío Baroja, Barcelona, Laia, 1983, p. 10.

en el primer lugar de su lista personal figuran escritores, críticos y profesores de la talla de Santos Alonso, Andrés Amorós, Laureano Bonet, Germán Gullón, José-Carlos Mainer, Javier Marías, José Ovejero, Ricardo Senabre y Juan Eduardo Zúñiga.

Más recientemente, en el año 2008, Ediciones Cátedra celebró el trigésimo quinto aniversario de sus dos colecciones más representativas: “Letras Hispánicas” y “Letras Universales”. Para conmemorar dicha efeméride se publicó una edición especial de ocho títulos clásicos (cinco de “Letras Hispánicas” y tres de “Letras Universales”) elegidos de entre los mil publicados hasta la fecha por ambas colecciones. Las cinco obras de toda la historia de la literatura española seleccionadas fueron *Campos de Castilla* de Antonio Machado, *La vida es sueño* de Calderón de la Barca, las *Leyendas* de Bécquer, una antología de la *Poesía lírica del Siglo de Oro* y *El árbol de la ciencia* de Pío Baroja.

Teniendo en cuenta estos datos objetivos, el lector menos familiarizado con la trayectoria de Baroja y con la evolución de los juicios sobre su obra emitidos por la crítica podría pensar que nos encontramos ante un autor y una novela que, por su aceptación mayoritaria, podemos incluir en eso que se ha dado en llamar el canon de las letras españolas, en esa lista de títulos inexcusables que todo el mundo debe leer al menos una vez en la vida. Pues sí y no; me explico. Baroja forma parte de ese género de autores que no dejan indiferente

a nadie: o nos ganan para siempre en esa primera y complicada toma de contacto que resulta el descubrimiento de un escritor del que hemos oído hablar mucho; o por el contrario, les condenamos a una metafórica hoguera cuando, tras habernos convencido de la necesidad de aproximarnos a esa obra ignorada de la que se nos cuentan maravillas, comprobamos que la experiencia directa no logra colmar las quizá distorsionadas expectativas que nos habíamos creado. Por eso decía que en torno a Baroja se han agrupado dos tipos de lectores: los que se han mantenido fieles desde la primera cita, y los que ya en vida del autor han preferido juzgar su estilo en arreglo al canon sancionado por el *establishment* literario de cada época. Tan cierto es que Baroja nunca ha tenido problemas con los primeros, como falso sería negar que jamás ha logrado convencer a los últimos. Consecuencia de esta no tan infrecuente paradoja es el hecho —advertido hace unos años por ese reconocido barojiano que es Eduardo Mendoza— de que es justamente su actualidad lo que impide a Baroja entrar a formar parte de ese selecto salón de la fama del que son socios vitalicios los clásicos. Esta aparente contradicción que ahora nos resulta tan comprensible, fue descubierta por Mendoza cuando, según cuenta el novelista catalán, empezó a escribir un ensayo biográfico sobre su “maestro” y constató que las ideas que sobre su lugar en la literatura española se había formado estaban totalmente equivocadas:

Quando empecé a trabajar en el presente texto, lo hice partiendo de dos errores de concepción. El primer error consistía en pensar que Baroja ocupaba un lugar ilustre en la historia de la literatura española. No tardé, sin embargo, en percatarme de que no era así, o, al menos, de que no lo era en el sentido que yo daba a la expresión, esto es, al de haber entrado Baroja en el mausoleo de los escritores sancionados por el tiempo. Con grata sorpresa vi que Baroja seguía siendo un escritor actual, cuya obra se resistía a abandonar en las librerías el sector de “Narrativa” o incluso el de la “Novedades” para ocupar otro más digno pero menos vivo en el de “Clásicos”. Con esto quiero decir que el lector no especializado sigue leyendo novelas de Baroja “de ida”, o “por saber qué pasa”, como las de cualquier otro autor contemporáneo, sin ninguna intención historicista o literaria, es decir, académica. Entre los novelistas españoles antiguos y algunos no tan antiguos, éste es un privilegio que, si no me equivoco, la obra narrativa de Baroja comparte únicamente con *La Regenta* de Clarín<sup>12</sup>.

Efectivamente, y como apunta Mendoza, la obra barojiana posee una capacidad única dentro del panorama de la literatura española del siglo XX para conservar intacta su vigencia y mantenerse siempre —y como decía Gadamer en su definición del concepto de *clásico*— en “ese presente intemporal que significa simultaneidad con cualquier presente”<sup>13</sup>. Es una de las ventajas de esas novelas de Baroja constantemente reeditadas en asequibles ediciones de bolsillo que todos tenemos en mente (*La busca*, *Zalacaín el aventurero*, *Las inquietudes*

de *Shanti Andía* y, por supuesto, *El árbol de la ciencia*): la ventaja de ser clásicas y modernas; de haberse convertido en textos clásicos leídos sobre todo entre el público joven, pero manteniendo a la vez ese estatus de actualidad que se resisten —como explica gráficamente Mendoza— a abandonar el anaquel dedicado a las “novedades” en las grandes librerías para pasar a formar parte del que por fecha les correspondería, el de las obras consagradas por el tiempo.

En mi opinión, Baroja es el escritor español del período contemporáneo que más y mejor se ajusta a esa completa definición del autor clásico que nos dejó su amigo y coetáneo Azorín en el famoso “Nuevo prefacio” (1920) escrito para la segunda edición de *Lecturas españolas*. Según explica el novelista alicantino en ese breve texto introductorio, la clave para diferenciar a un autor clásico de otro que no lo es no radica en la mayor o menor calidad de su obra, sino en la capacidad de esa obra para adaptarse al gusto cambiante de cada época; es el público de cada momento quien decide sobre la vigencia de un texto, dependiendo de su empatía para con él, de si el texto clásico es lo suficientemente versátil como para poder cautivar la sensibilidad del lector moderno. Por eso, concluye Azorín, el autor clásico es un autor abierto y nunca del todo concluso, pues vive en un continuo proceso de formación:

¿Qué es un autor clásico? Un autor clásico es un reflejo de nuestra sensibilidad moderna. La paradoja tiene su explicación: un autor clásico no será nada, es decir,

<sup>12</sup> Mendoza, E. *Pío Baroja*, Barcelona, Omega, 2001, p. 9.

<sup>13</sup> Gadamer, H-G., *Verdad y método: fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1997 [1960], p. 353.

no será clásico, si no refleja nuestra sensibilidad. Nos vemos en los clásicos a nosotros mismos. Por eso los clásicos evolucionan: evolucionan según cambia y evoluciona la sensibilidad de las generaciones. Complemento de la anterior definición: un autor clásico es un autor que siempre se está formando. No han escrito las obras clásicas sus autores; las va escribiendo la posteridad. No ha escrito Cervantes el *Quijote*, ni Garcilaso las *Églogas*, ni Quevedo los *Sueños*. El *Quijote*, las *Églogas*, los *Sueños* los han ido escribiendo los diversos hombres que, a lo largo del tiempo, han ido viendo reflejada en esas obras su sensibilidad<sup>14</sup>.

En esta misma línea de Azorín se expresó Borges varias décadas más tarde, cuando en ese breve ensayo –“Sobre los clásicos”– que el escritor argentino dedicó a los clásicos nos advertía que un clásico “no es un libro (lo repito) que necesariamente posee tales o cuales méritos; es un libro que las generaciones de los hombres, urgidas por diversas razones, leen con previo fervor y con una misteriosa lealtad”<sup>15</sup>. Y qué es sino fervor y lealtad incondicional lo que demuestran los barojianos hacia su autor de cabecera. ¿Qué sus ideas son contradictorias? ¿Qué su prosa es muy deficiente? Nada que no se sepa; como resumió muy bien Julio Camba, de Baroja nos gustan por igual sus defectos y sus virtudes, pues no se termina de saber muy bien cuáles son unos y cuáles las otras:

Pero yo, no por eso dejo de admirar a Baroja. Y es que yo no le he admirado nunca por sus cua-

lidades, sino por sus defectos. No le he admirado, a pesar de sus incongruencias, sino por sus incongruencias, ni a pesar de sus faltas gramaticales, sino por sus faltas gramaticales, ni a pesar de sus ideas absurdas, sino por sus ideas absurdas. Y el día en que Baroja escriba un libro razonable, con ideas sensatas, con buena gramática y con un plan lógico, no seré yo quien se gaste tres cincuenta en adquirirlo<sup>16</sup>.

En el caso de Baroja, y más concretamente de *El árbol de la ciencia*, la única desventaja –si se puede considerar así– de haberse convertido en un clásico es que, a pesar de sus continuas reediciones, sí que parece haber quedado algo relegada en los últimos años, cuando de lectura obligatoria en muchos institutos ha pasado a ser un recuerdo lejano para esas generaciones de españoles que leyeron la novela durante su juventud. Como todo clásico que pasa a formar parte de la cultura nacional, la peripecia vital de Andrés Hurtado se ha convertido en uno de esos títulos que se tienen en la biblioteca aunque no se hayan leído nunca enteros o, en el mejor de los casos, en “archivos” que guardamos –ocupando más o menos espacio según haya sido el impacto de esa primera lectura– en el disco duro de nuestra memoria de lectores. Por mi parte, no se me ocurre mejor ocasión para refrescar esa memoria que la feliz efeméride de este centenario, excusa perfecta para devolver a Baroja a la primera página de ac-

tualidad y disfrutar de ese placer que es la relectura, el redescubrimiento. Tanto para aquellos que leyeron *El árbol de la ciencia* en su día, como para aquellos que conocen su argumento de oídas y nunca se han atrevido a abrir sus páginas, intimidados tal vez por esa fama de pesimista que persigue a Baroja, propongo esta relectura y lo hago haciendo mío ese principio defendido por Italo Calvino según el cual, “toda relectura de un clásico es una lectura de descubrimiento como la primera”. En este sentido, y como explica el escritor italiano con unas palabras perfectamente extrapolables al ejemplo de esta centenaria novela barojiana, considero que el mejor homenaje a ese clásico que leímos en los años jóvenes es un reencuentro en la edad adulta, cuando las cosas se ven de otra forma y cuando podemos comprobar mejor cómo nos ha tratado el tiempo:

[...] las lecturas de juventud pueden ser poco provechosas por impaciencia, distracción, inexperiencia en cuanto a las instrucciones de uso, inexperiencia de la vida. Pueden ser (tal vez al mismo tiempo) formativas en el sentido de que dan una forma a la experiencia futura, proporcionando modelos, contenidos, términos de comparación, esquemas de clasificación, escalas de valores, paradigmas de belleza: cosas todas ellas que siguen actuando, aunque del libro leído en la juventud poco o nada se recuerde.

[...] Por eso en la vida adulta debería haber un tiempo dedicado a repetir las lecturas más importantes de la juventud. Si los libros siguen siendo los mismos

(aunque también ellos cambian a la luz de una perspectiva histórica que se ha transformado), sin duda nosotros hemos cambiado y el encuentro es un acontecimiento totalmente nuevo<sup>17</sup>.

Como sucede con esos viejos amigos a los que nos apetece volver a ver después de muchos años de haber perdido el contacto, cualquier razón es buena para propiciar el necesario reencuentro; si uno de los dos acaba de cumplir cien años, qué mejor motivo que ese para no tener que esperar más... ■

<sup>14</sup> Azorín, *Lecturas españolas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1957 [1912]; el “Nuevo prefacio” es de 1920], p. 12.

<sup>15</sup> Borges, J. L., *Otras inquisiciones*, en “Obras Completas”, Vol. II, Edición de Carlos Frías, Barcelona, Emecé Editores, 1997, p. 151.

<sup>16</sup> Camba, Julio, “El único español que se ha equivocado”, en Baeza, Fernando (ed.), *Baroja y su mundo*, Tomo II, Madrid, Arión, 1961-1962, p. 94.

<sup>17</sup> Calvino, I., *Por qué leer los clásicos*, Traducción de Aurora Bernárdez, Barcelona, Tusquets, 1994, pp. 14-15.

**Francisco Fuster** es Investigador en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Valencia. Autor de una tesis doctoral sobre *El árbol de la ciencia*.